

SILVIA BARDELÁS

UNA CONCIENCIA
NUEVA

LA URGENTE PREGUNTA
DE QUIÉNES SOMOS

PRÓLOGO DE BERNAT CASTANY

BARCELONA 2026



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by Silvia Bardelás Álvarez
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, diversos tipos de moluscos, ilustración de
Charles Dessalines d'Orbigny para *Dictionnaire
universel d'histoire naturelle* (1849)

ISBN: 979-13-87964-13-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 1856-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
LIBERDÚPLEX *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN febrero de 2026



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i> , de BERNAT CASTANY	9
Ser humano en el siglo XXI	17
Un mundo agotado	25
Una mirada ingenua	89
Una conciencia nueva	133
<i>Agradecimientos</i>	253

De la abstracción a la inteligencia sensible
Del individuo al ser singular
Del egoísmo a la subjetividad
Del ser atomizado al ser relacional
Del yo al nosotros
Del ser social al ser humano
Del realismo a la presencia
De la representación a la creación de experiencia
Del aburrimiento a la *aventura*
De la obediencia a la inteligencia estética...

A nosotros, seres humanos.

Al enfrentarse, Lee y la máquina habían superado los límites del Go, creando una belleza nueva, un raro fulgor que obedece a una lógica más poderosa que la razón, y que pronto iluminará zonas insospechadas del mundo y de nosotros mismos.

BENJAMÍN LABATUT, *Maniac*

... la tarea de crear un tipo diferente de conciencia que pueda persistir...

MARK FISHER, *Deseo postcapitalista*

El odio y el remordimiento, los dos enemigos capitales del género humano. Denuncia (Spinoza) sin cansancio estas fuentes en su vinculación con la conciencia del hombre, y anuncia que no se agotarán sino con una nueva conciencia, bajo una nueva visión, en un nuevo apetito de vivir.

GILLES DELEUZE, *Spinoza: filosofía práctica*

PRÓLOGO

de BERNAT CASTANY PRADO

Vaya por delante todo mi reconocimiento para la persona que tradujo el «*What's Up, doc*», que Bugs Bunny pronunció por primera vez en 1940, con la paradójica expresión: «¿Qué hay de nuevo, viejo?». Sin duda (*sic*), pocas expresiones captan con tanta honestidad el misterio de la identidad, que es el misterio de la permanencia en el cambio. De hecho, estoy convencido de que dicha expresión debería ser (junto con el «Pensad en vivir en libertad», que intercambian los caballos sabios de *El otro mundo*, de Cyrano de Bergerac) el saludo general entre todos aquellos que amamos la filosofía (como se ama a un amor imposible). Sobre todo porque su lenguaje es una renovación permanente de los mismos viejos términos de siempre. Pues, aunque las ideas sean pocas, y hasta puede que eternas (aunque hablo de esa eternidad modesta que es la historia del ser humano), las formas en que las expresamos deben ser renovadas constantemente, como sucede con las monedas desgastadas, para que podamos seguir reconociendo su valor.

Ésta es, en mi opinión, una de las principales virtudes de este ensayo con el que la escritora y editora Silvia Bardeñas ha decidido responder a la llamada que hizo Virginia Woolf, en el discurso a la nación que leyó en la BBC, en el año 1937, donde exhortaba a mantener las viejas palabras dándoles nuevos significados. Se trata, pues, de renovar el lenguaje filosófico, y no de inventar nuevos términos, de limpiarles las legañas—o aun los mocos—de la rutina y el cansancio, a las viejas palabras de siempre, y de liberarlas del secuestro político, religioso o académico que éstas su-

fren, una y otra vez, a lo largo de los siglos. Porque a las palabras, como a los familiares y los amigos, no se las abandona en manos de sus secuestradores, para expender, con aplauso, otras nuevas, que: o no serán escuchadas, porque no serán compartidas, o sí lo serán, pero deberán volver a ser abandonadas, porque algún nuevo poder volverá a apropiárselas. Cambiar de palabras es cambiar de cama sin salir del hospital. El problema es que son a veces los mismos familiares del lenguaje secuestrado, esto es, los mismos filósofos, los que se resisten a salvarlo (quizá porque en el fondo envidian a los secuestradores), y tienden a llamar «ingenuos» a quienes lo intentan.

Pero Silvia Bardelás no tiene miedo de defender lo que ella misma llama una «filosofía ingenua», que retome las viejas palabras, después de haberlas vuelto a afinar, con el objetivo de darles una nueva capacidad de resonancia. La suya es también una filosofía del martillo, mas no del martillo de Thor, sino del martillo del afinador de pianos. Según Henri Bergson uno de los principales objetivos de la filosofía es la restauración de una mirada ingenua. Lo cual no quiere decir «simple», como aclara la autora, sino «libre de nacimiento», o, en este caso, de renacimiento. Una filosofía ingenua sería aquella que surge genuinamente de la propia intimidad, mas no en el sentido de que diga lo que le venga a la cabeza, sino en el de que dice lo que ha sido experimentado e incorporado en el crisol de su propia existencia. El cardenal Newman distinguía, en su *Gramática del asentimiento*, entre el «asentimiento nocional», que suponía sólo una comprensión conceptual, y el «asentimiento existencial», que modificaba de forma profunda la propia vida. Sin duda, lo que hay en este libro es asentimiento existencial, pues todos los conceptos filosóficos a los que recurrir han sido, por así decirlo, abstraídos de su abstracción,

esto es, de su separación respecto de las circunstancias concretas de las que surgieron, para ser arrojados de nuevo a la realidad. Y, del mismo modo que sucede con las naves espaciales cuando vuelven a entrar en la atmósfera, todos esos conceptos se calientan, vibran, y a veces sueltan tornillos y trozos de chapa. Pero de eso se trata precisamente la filosofía. Y también de traernos nuevas piedras lunares, como las que encierran estas páginas.

Y es que otra de las grandes virtudes de este libro es su vis literaria para dotar de concreción y palpabilidad todas aquellas nociones abstractas que a veces utilizamos más como parches de nuestros miedos y perplejidades que como lentes de nuestra curiosidad. Por eso el lector no debe esperar grandes teorías abstractas, que también haylas, sino pequeñas narraciones, escenas, detalles y reflexiones que logran dotar a las ideas *sobradamente* conocidas de esa palpabilidad de la que tantos libros de filosofía carecen. Es en este mismo sentido que Montaigne dijo que él no era filósofo, porque en aquel tiempo la filosofía se limitaba a traficar con abstracciones. Él era ensayista, porque ensayaba, esto es, probaba, las ideas. Y lo mismo hace Silvia Bardelás: encarnar ideas, sin miedo a la *kenosis*, o vaciamiento, que supone el hecho de que lo ideal abandone su trono de perfección etérea y se envuelva en la imperfecta, limitada, compleja, ambigua, sucia y maravillosa corporalidad de lo real. De ahí que cite tanto a Schopenhauer, Nietzsche, Arendt, Bergson o Sartre (*que no panda el cúnico*), como a abuelas, vecinos, niños, campesinos y demás personas, cuya ignorada, que no ignorante, sabiduría deberíamos aprender a escuchar, tal y como hizo Juan de Mal Lara en su *Filosofía vulgar* o Michel Onfray en *Cosmos*.

En manos de Silvia Bardelás, la «belleza» no pretende ser una cualidad objetiva de las cosas, sino la feliz sensa-

ción que surge cuando logramos conectar con la intimidad de alguna realidad exterior, con la que nos identificamos, y a la que, incluso, amamos, porque comprendemos que nuestra propia existencia depende de la suya, y no es posible no amar aquello que nos hace ser. Desde esta perspectiva, la «inteligencia estética» es la capacidad de relacionarnos, e identificarnos, con lo otro: ya sea otra persona, alguna parte insospechada de nuestra propia persona, o un fragmento de la realidad, en general. Una identificación que produciría un amor no sólo metafísico, o ético, sino también político, ya que abole esa separación que nos debilita, en tanto que nos convierte en seres solitarios que apenas pueden pensar más que en sobrevivir. *Copula mundi*.

Este que tienes entre las manos es también un texto alegre, en el sentido spinoziano del término, porque lo que busca, al rescatar todas esas viejas nuevas palabras, concretar todas esas ideas abstractas y establecer lazos entre todos los seres (humanos o no) mediante su inteligencia estética es aumentar nuestra potencia, individual y colectiva. ¿Cómo no coincidir con Silvia Bardelás cuando afirma que nuestro gran problema no es la infelicidad, sino la impotencia, la falta de energía, que no sólo nos impide crear algo nuevo, sino incluso aceptar la posibilidad de que ese algo nuevo suceda? De ahí la importancia de buscar: no la felicidad, capturada por la happycracia tardocapitalista, sino la potencia, la vitalidad.

¿Dónde hallarla? En un yo que sea un nosotros, dice la autora. Y en un deseo liberado que nos ponga en la pista de nuestra verdadera ballena blanca, que debería ser el deseo de plenitud ontológica. Porque no sólo nos mueve, como sugería Lucrecio, «el aguijón invisible» del miedo, sino también la pulsión visible del deseo. Pero no de cualquier

deseo, sino del deseo de plenitud ontológica. El problema es que buscamos en el lugar equivocado. Somos como el borracho del chiste, que buscaba las llaves junto a la farola porque era el único lugar en el que había luz. El problema es que las llaves de la felicidad no cayeron ahí, y esa luz son los neones, o los píxeles, de la cultura tardocapitalista. Si buscásemos en la penumbra nos saldrían nuevos ojos, que es lo que parece poseer la autora.

Ojos que nos permitirían ver lo que se nos escapa. Como, por ejemplo, la felicidad, que debemos buscar en la realidad misma, por muy imperfecta y limitada que sea, y no en la idealidad, siempre alejada o postergada, que quizá genere un cierto movimiento, aunque no bien dirigido, sino un mero impulso ciego que hace rodar la maquinaria desean-te del sistema. Según Silvia Bardelás, «vivimos muchos momentos de felicidad en nuestra vida cotidiana, pero no tenemos un lenguaje para reconocerlos». Y su ensayo intenta ser, a la vez, un diccionario de viejos términos renovados, y una nueva sintaxis que nos muestre cómo conectar (que es lo que significa, en el fondo, *sintaxis*) con nosotros y con los demás. Para lo cual es necesaria esa inteligencia estética que nos permita intuir la intimidad de las cosas y las personas con las que nos cruzamos, y entre las que deberíamos contarnos a nosotros mismos.

No es extraño que este libro apunte a una nueva, y necesaria, concepción de la identidad. Porque, como dice Silvia Bardelás: «Yo no soy nada por mí misma». Pues, en todo lo que escribimos, pensamos y hacemos hay huellas de miles de palabras, ideas e imágenes, leídas y escuchadas, en casa y fuera de casa, etcétera, hasta el punto de que, aunque sea irrecuperable, con un poco de atención, nos haremos conscientes de que todo está en todo, y «si no me relaciono, me quedo sin yo». Nada mejor que el arte en general, y la li-

teratura en particular, para trascender esa individualidad aislada, y conectar con la intimidad de los demás seres. De ahí la necesidad de arriesgarnos al contacto con la otredad. ¿Cómo? Dándole espacio «a relacionarnos con aquello que no controlamos». Como dicen hoy los niños: «pisar hierba». Esto es, tocar mundo. Salir de la «campana de cristal», que hoy es una «campana de píxeles». Y lograr que el bauprés de nuestro velero se estampe contra el cielo artificial de nuestro *show de Truman* particular.

Para acabar, éste es un libro que posee lo que Kierkegaard llamó «pasión de posibilidad». Pues Silvia Bardelás no acepta que todo esté hecho, que todo esté contado y que no quede nada por conocer. No quiere ser como los protagonistas de *La muerte en Venecia*, *El Gatopardo* o *El Crepúsculo de los dioses*, que analiza en las últimas páginas. No quiere ser—dice—como esos hombres que rechazan la nueva realidad que está llegando sólo por mantener su estatus, y que renuncian a ser héroes, porque, a pesar de ser inteligentes, cultos y sensibles, les falta lo fundamental, que es la capacidad de amar, por la sencilla razón de que tienen miedo a mezclarse. Pero la vida mancha, y es mejor ser capaz de abrirse al mundo y crear nuevas posibilidades, escribiendo, por ejemplo, un ensayo de este tipo, que encaramarse al altar de la melancolía, dispuestos a que el cuchillo de la nostalgia nos purifique, quiero decir: nos mate.

Podría seguir, sólo por el placer de resumir e incorporar este ensayo que he tenido la suerte de leer en manuscrito, que es cuando los libros se defienden a pecho descubierto. Pero ésta es una obra que no necesita presentación, ni defensa, puesto que se impone con voz propia y valiente, dotando a la filosofía de lo mejor de la literatura: la capacidad de transformar las ideas en reflejos existenciales; e impreg-

PRÓLOGO

nando a la literatura con lo mejor de la filosofía, que es el asentimiento de lo real, con todas sus consecuencias. Por eso, borracho de realidad, digo *hic et nunc...*

Barcelona, 14 de marzo de 2025

SER HUMANO EN EL SIGLO XXI

En la crisis económica de 2008 hubo un momento de auténtica parálisis. Llevaba a mis hijos a la parada del autobús y apenas había coches. Los restaurantes, cines, tiendas siempre estaban vacíos. Una vez vi a la madre de una amiga del pasado rodeada de policía en Ikea. Había robado salmón. Me fui al coche con vergüenza, curioso cómo la vergüenza ajena se convierte en propia, y volví para intentar sacarla de esa situación. Me acordaba de su inmensa casa separada del mundo por un muro altísimo. Pensé en el absurdo mecanismo de necesitar salmón. Cuando llegué ya no estaba. Me sentí aliviada de no tener que enfrentarme a aquella situación. Lo había intentado. Con eso me bastaba, pero con eso no me bastaba.

Desde el coche veía colas de gente esperando una bolsa de comida, gente que se había quedado sin trabajo. No eran necesarios, sobraban. Unos meses antes habría peleas por sus servicios. Ellos no sólo no tenían nada, sino que eran totalmente dependientes de que otros tuvieran algo. Era necesario que unos pocos tuvieran mucho para que la mayoría pudiera comer. Entre ellos no hablaban. Hacían cola en silencio. Eran individuos, tan individuos como los que se suicidaban por haber perdido su capacidad de comer salmón. Me di cuenta de que la crisis había puesto de manifiesto que no éramos una red de seres humanos que se retroalimentaban. Todos dependíamos de un sistema que si fallaba ponía de manifiesto un vacío existencial que el ruido tapaba. Me convertí en una observadora que se veía a sí misma como una observadora. Intentaba ayudar

a mi entorno cercano, pero no iba más allá. Me encerré en mi casa a escribir la tesis que había dejado en la veintena. Todo estaba parado y me sentí con una especie de respaldo moral, podía dedicarme sin culpa a pensar para escribir una teoría de la novela, entender eso que llevaba haciendo tanto tiempo, unir por fin esas dos pulsiones que siempre he experimentado: escribir y pensar. Mientras la mayoría se sentía atrapada en el extraño silencio que crea la falta de proyecto, yo me sentía llena escuchando la voz de Kant, de Lukács o de Ortega. Sonaban altísimo en medio de la nada. Eran voces recogidas, cuanto más íntimo su pensamiento más capacidad tenían de llegar hasta mí, tan lejana estaba yo en el tiempo y el espacio. Cada día me acostaba con la satisfacción de haber pasado una tarde entera con ellos, eran mucho más cercanos, llegaban a mi intimidad de una forma mucho más real que el mundo que me esperaba al otro lado de la puerta. Era un sentido asegurado. En esos momentos donde escaseaba el dinero para todos, donde nadie tenía claro qué tenía que hacer, donde cada día era una posibilidad de perder todos los recursos que nos permitían la vida, incluso colegios y hospitales, el sentido era fundamental. El sentido no estaba dado, había que construirlo.

Después llegaron más crisis: crisis climática, política, social y una pandemia que nos enfrentó a la fragilidad de la existencia y a la gravedad de la muerte. Recuerdo esos cuerpos que aparecían constantemente en las pantallas, sin conciencia, pesados y entubados, respirando artificialmente, perdidos de cualquier aliento vital. Una muerte extremadamente dura de la que sólo unos pocos detrás de trajes espaciales, como si el mundo se hubiera convertido en un planeta hostil, eran testigos reales. De alguna manera, esos muertos, esos enfermos inconscientes representaban

nuestro *Zeitgeist*, el plomizo estado vital que llevaba tiempo acompañándonos.

La crisis permanente, ese espacio de incertidumbre en el que nos hemos acostumbrado a vivir, nos ha descolocado y nos obliga a buscar un nuevo sentido que nos cargue de una energía limpia, que nos descargue de un largo episodio denso y deforme.

Las construcciones ideológicas han ido cayendo hasta llevarnos a un reconocimiento irremediable de un mundo absurdo y peligroso. La naturaleza en su orden roto nos puede aniquilar, cualquier político desalmado nos puede aniquilar y tampoco tenemos claro cuál va a ser nuestro lugar en un mundo dirigido por la tecnología. Los modelos de vida, los valores democráticos, la convención social han caído desde sus propias dinámicas. Quizá ya no respondemos a ningún modelo porque los modelos se han alejado demasiado de nuestro ser humanos, quizá el haber llamado valores a formas de relación que deberían fluir de manera natural ha roto el centro anímico de nuestra energía.

Mientras se concibe un transhumanismo o un posthumanismo como si tuviéramos que escapar de lo que realmente somos—humanos—podríamos pensar en qué significa ser humano. Esa pregunta no pertenece a nadie, a ningún movimiento filosófico, a ningún paradigma. Haber identificado al ser humano como ser racional y por lo tanto centro del universo nos ha llevado a una situación límite. Tendremos que plantearnos nuestro ser humanos con una inteligencia racional no autónoma sino unida a todas nuestras formas de percibir el mundo que nos permiten la conexión. La desconexión por un exceso de abstracción es uno de los problemas básicos de lo que nos está ocurriendo.

Cuando estudiaba Filosofía hubo varios momentos en que nosotros, alumnos, asistíamos a foros internacionales

desde una platea que me recordaba a lo que se llamaba en el cine *gallinero*. Éramos recién llegados y toda la fuerza con la que empezábamos a buscar el sentido de la vida se veía reflejada de manera absurda en discursos abstractos totalmente alejados del yonqui doblado hacia el suelo que recorría las calles viejas y sucias de cualquier ciudad, de los conflictos que manteníamos con un sistema que intentaba encasillarnos, de los hombres y mujeres que se manifestaban por abusos laborales, de la posibilidad constante de un atentado, de nuestro estar perdidos en la construcción de un mundo. Recuerdo que acabábamos haciendo risas y canciones con conceptos como *mimesis de praxis cognoscitiva*. Mientras el mundo nos exigía seriedad, buscar un trabajo bien remunerado, nosotros nos habíamos enfrentado a vernos encasillados como seres que pierden el tiempo, jóvenes sin futuro, y terminábamos en una asfixiante burbuja de abstracción.

Todas esas sensaciones: la pérdida de energía, el exceso de abstracción, la percepción de un mundo inauténtico que imitaba la realidad y nos obligaba a vivir como mimos, la imposibilidad de realizar algún cambio o la certeza de no ser nadie es lo que me impulsó a buscar dónde fallamos desde un lugar anterior a la política o la organización social. ¿Cómo nos percibimos y cómo percibimos el mundo? ¿Por qué estamos desconectados? ¿Por qué no nos sentimos reales? ¿Por qué la depresión es la enfermedad de nuestra época? El lugar anterior a la política o la forma de relacionarnos es el pensamiento sobre el sentido, la metafísica, la pregunta radical que nos enfrenta a la existencia.

No existe una definición de ser humano, pero sí una pregunta que lo ilumina, el *quién soy* de Sócrates, el *conócete a ti mismo* inscrito en el templo de Apolo en Delfos y forma parte de una sabiduría ancestral. Es el momento en el

que cobramos conciencia de que no sabemos y de que en ese buscarnos constantemente está el sentido, un sentido universal y compartido, un sentido de existencia que siempre está a la mano. Sin embargo, dos mil quinientos años después, es posible que tengamos que transformar la pregunta en *quiénes somos*. En *quién soy* está implícito *quiénes somos* porque no puedo ser ni conocerme en soledad. Eso lo sabía bien Sócrates, pero en su época no necesitaba aclararlo. Sin embargo, las palabras y los conceptos que arrastramos desde el nacimiento de una cultura donde la razón se volvió autónoma, alejada de la sensibilidad, las palabras y conceptos que inventamos ahora desde una nueva sociedad tecnológica nos llevan al individualismo, la atomización, la soledad como sombra de vida. Es la falta de energía, la falta de sensación de realidad que llevo tantos años notando en todos los ámbitos de la sociedad lo que me ha llevado a pensar en la necesidad de colocarnos en otro lugar, de tener otra percepción de nosotros mismos y del mundo.

La revolución en el siglo XXI, el gran cambio, sólo puede hacerse desde una nueva perspectiva, una conciencia nueva, una forma de percibirnos y percibir el mundo que nos obligue a reorientar la sociedad hacia un organismo que se reconozca a sí mismo como nosotros, en construcción.

Para eso es necesario romper con la dicotomía entre individuo y sociedad. La sociedad no tiene que organizar a individuos que buscan un supuesto beneficio personal que afecta negativamente a otros. Debemos dejar de pensarnos como un yo solitario, atomizado, que debe desarrollarse en una sociedad que se le opone. Debemos pensarnos como un yo subjetivo que se reconoce en nosotros. Desde esta nueva perspectiva surgirán nuevas dinámicas, nuevos modos de relación que necesitarán organizaciones alternativas.

No es una nueva idea la que provocará una revolución. No es la lucha armada de unos contra otros la que puede traer el cambio. La ideología, cualquier ideología, seguirá provocando la separación y el mantenimiento de individuos que obedecen o se enfrentan. Necesitamos empezar a movernos desde las necesidades propias de ser humanos. Para eso tenemos que aproximarnos a entender qué significa ser humano, ese lugar común que abre necesidades no contempladas y que implica la conexión, una triple conexión con nosotros mismos, los otros y la naturaleza que somos.

Este ensayo ha sido escrito desde una necesidad, la de buscar una conciencia nueva común. No es un trabajo académico basado en el pensamiento de otros filósofos, es un pensamiento que ha surgido de todas las lecturas que se han apegado a una obsesión, la de no separar la subjetividad de la humanidad común. Ese punto de partida de pensar imaginando y recordando era necesario para poder buscar desde una necesidad sensible, emocional. Después de la escritura intuitiva han llegado lecturas que corroboran y amplían esta conciencia de ser humanos. Desde cualquier perspectiva aparecen voces que claman una unión desde la que empezar a construir.

Todo empezó pensando en la necesidad de una nueva sensibilidad, pero al descubrir que el horizonte de Spinoza era una conciencia nueva y que muchos filósofos como Husserl, Nietzsche, Heidegger, Sartre o Marcuse también la vislumbraban, cada una distinta, pero todas con el deseo de ampliar nuestra forma de ser humanos, pensé que podíamos concebir ahora mismo una conciencia que puede llevar el calificativo de existencial proponiendo precisamente la existencia como sentido. Sentirnos vivos, sentirnos existiendo es una forma radicalmente distinta de vivir. Sentirnos vivos es el sentido que no depende de ninguna idea y

que además es común y genera formas de relación que aumentan nuestra energía.

Podemos hablar de energía ya desde el pensamiento. La belleza, esa sensación de unidad que surge en el encuentro de dos intimidades, crea una energía que hemos llamado amor. Ha llegado el momento de unir ciencia y pensamiento. El cambio de paradigma científico todavía no ha transformado nuestra reflexión sobre el ser humano. La ciencia ha roto el reduccionismo de la razón autónoma. El pensamiento debe tener en cuenta los nuevos descubrimientos biológicos y teorías de la física cuántica que iluminan la existencia de una realidad energética en la realidad material que no se puede medir. Podemos enfrentarnos a lo que siempre se ha llamado amor, espíritu, belleza como realidades energéticas. Y sabemos mucho sobre esas realidades energéticas que no se pueden medir, pero sí sentir. Recuperar el sentido de la sensibilidad nos puede reconciliar con nuestra humanidad.